

EPIFANIO MEJIA

Este otro bardo de las montañas antioqueñas, inspirado y elegante cantor de las palomas y las tórtolas, alcanzó á escribir poco, pues cuando preparaba un poema de largo aliento le sobrevino un completo trastorno de las facultades mentales, que aun dura. Sin embargo, por las producciones suyas que publicamos, puede juzgarse de cuánto habría sido capaz. En *La Paloma del arca* se conserva la poética sencillez de la narración bíblica, *La Muerte del novillo* es una bella y fiel descripción de naturalidad homérica, y *La Tórtola*, á que se ha puesto música, anda de boca en boca. Mejía nació en Yarumal, Departamento de Antioquia.

LA PALOMA DEL ARCA

Á MIS AMIGOS JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA
Y ADRIANO PÁEZ

Cuarenta días y cuarenta noches
Llovió sobre la tierra... Entre las aguas
Se fueron sumergiendo lentamente
Las colinas, las selvas, las montañas.

Á las cumbres más altas de la tierra
Subiéronse las gentes, espantadas;
Pero de allí se fueron desgajando
Como las hojas que el turbión arrastra.

En la copa de un árbol centenario
Un águila quedó... batió las alas....
La cólera de Dios iba creciendo....
La cólera de Dios subió hasta el águila.

Gentes, montes, camellos, golondrinas,
En el revuelto piélago flotaban....
El arca de Noé se iba elevando,
Blanca y serena, cual marina garza.

Rasgando el seno de enlutada nube,
El sol apareció... Su roja llama
Que antes bañara bulliciosos pueblos,
Bañó de resplandor mundos de agua.

Llenóse el aire de flotantes nieblas
Cuando el cielo cerró sus cataratas :
Entre espumas y olas lentamente
Remolinaba, descendiendo, el Arca.

En ella, al lado del hambriento tigre
Manso cordero sin temor balaba....
Tu cólera, Señor, ¿ á quién no aterra?
Tu cólera, Señor, ¿ á quién no ablanda ?

Un día, Noé, para buscar la tierra
El negro cuervo á los espacios manda ;
El animal por los espacios vuela,
Nieblas rasgando con sus anchas alas.

Solo y perdido en los helados vientos
Divisa al fin en la extensión lejana
La negra cima de encumbrada roca
Que su cabeza entre la mar levanta.

Vuela... y subiendo á su escampada cumbre
La encuentra de cadáveres regada,
Y como el genio de la guerra, inquieto,
Aquí y allá sobre los muertos anda.

Noé, cansado de esperar, suspira,
Y la paloma á los espacios larga ;
El ave santa de rosado pico
Hiende las brumas con sus blancas alas.

Sola y perdida en solitarios aires,
Al fin divisa, por el sol bañada,
Como pedazo de flotante musgo,
La verde cima de glacial montaña.

Brillan sus ojos como dos rubíes ;
Como dos azucenas son sus alas ;
Vuela... y al fin sobre la verde oliva
Sus rojos dedos de coral descansa.

Suelta su pecho cadencioso arrullo,
Coge su pico humedecida rama,
Y como el ángel que bajó á María
Desde la cumbre en el azul se lanza.

Mientras el ave de nevadas plumas
Lleva la oliva de la paz al Arca,
El negro cuervo en la escampada roca
Su sed de sangre entre la sangre sacia.

Noé de pie sobre el flotante buque
La ansiosa vista en los espacios clava,
Y de repente de rodillas cae
Y al alto cielo su mirar levanta.

Mudo y absorto en oración ferviente
« ¡ Gracias, Dios mío ! » en su interior exclama ;
Posando en su hombro la paloma llega
Y el verde ramo entre sus manos larga.

El sol muriendo entre la mar y el cielo
Con roja lumbre los espacios baña :
De iris de paz abrillantados arcos
Cubren el techo de la nave santa.

Pasan y pasan silenciosas noches ;
Brillan y brillan rutilantes albas,
Y albas y noches en la mar encuentran
La santa nave que en silencio baja.

Un día, al fin, de la lejana Armenia
Sobre los montes, de repente para....
Merman las aguas... en la negra cumbre
Como un castillo se divisa el Arca.

Abre Noé la ventanilla y mira....
Riega la luna su fulgor de plata :
Brilla en la mar la matutina estrella ;
Abre la aurora su brillante alcázar.

Van asomando los desnudos montes....
Aquí aparecen las colinas, calvas....
Allá el sol dora los abiertos valles....
Buscan sus lechos las dispersas aguas....

Vuelve la mar á su cajón de tierra....
Azota el viento las desiertas playas....
No hay una nave que sus ondas surque....
Plateadas fuentes de las cumbres bajan....

Conchas del mar sobre los montes brillan ;
Bosques enteros en la mar sobreaguan :
En donde un pueblo levantó sus torres,
Brotó un volcán sus relumbrantes llamas.

Abre Noé la ya deseada puerta....
Vuelan las aves y al azul se lanzan ;
Corren las fieras y los montes buscan ;
Ruedan los peces y á las ondas saltan.

Muge en la altura el arrogante toro ;
La yegua al viento su relincho alarga ;
Ladra saltando de la nave el perro ;
El gallo airoso sobre el mástil canta.

Ved, la paloma en el vecino bosque
Llena su pico de menudas pajas ;
Bajo el alar en donde halló refugio
Arma su nido y sus polluelos saca.

Mientras las aves, compañeras suyas,
Huyen y dejan para siempre el Arca,
Ella se queda acompañando al hombre
En la desierta terrenal morada.

¡ Triste es su arrullo ! Su doliente arrullo
Es una queja agonizante y larga ;
Pero consuela al corazón que sufre,
Porque de quejas se alimenta el alma.

Pisa Noé la humedecida tierra
Y sobre el punto en que su pie descansa,
Con su mujer y con sus hijos todos
Un alto templo al Hacedor levanta.

En su altares sacrificio ofrece :
Cuando el cordero entre sus manos alza,
Brilla el reflejo de seiscientos años
En su cabeza, cual la nieve, blanca.



LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero, y maniatado, y triste
Sobre la tierra quejumbroso brama
El más hermoso de la fértil vega,
Blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado ;
El bruto ve con timidez el arma ;
Rompe el acero palpitantes nervios :
Chorros de sangre la pradera esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo ;
El arma brilla purpurina y blanca ;
Se queja el bruto y forcejando tiembla,
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolinando por el aire, vuelan
Los negros *guales* (1) de cabeza calva,
Fijan el ojo en el extenso llano
Y al matadero, desbandados, bajan.

(1) Gallinazas.

Brama escarbando el arrogante toro
Que oye la queja en la vecina pampa,
Y densas nubes de revuelto polvo
Caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
Corre el ganado por las verdes faldas,
Huele la sangre... y el olor á muerte
Quejas y gritos de terror le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible,
Por eso lloran la común desgracia
En ese clamoroso de profundís
Que todos ellos á los vientos lanzan.



LA TÓRTOLA

Joven aún entre las verdes ramas
De secas pajas fabricó su nido :
La vió la noche calentar sus huevos,
La vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
Buscó alimento en los lejanos riscos,
Trajo de frutas la garganta llena
Y con arrullos despertó á sus hijos.

El cazador la contempló dichosa....
¡Y sin embargo disparó su tiro !
Ella la pobre en su agonía de muerte
Abrió las alas y cubrió á sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
Su compañero en el laurel vecino :
Cuando la aurora apareció en el cielo
Bañó de perlas el hogar ya frío....



AGRIPINA MONTES DEL VALLE

De los muchos y merecidos elogios que de ella hace con motivo de su poesía *Al Tequendama* D. Juan Valera en las *Cartas Americanas*; tomamos lo siguiente : « La ilustre poetisa antioqueña Agripina Montes siente y refleja con gran viveza y vigor la hermosura y sublimidad de los seres inanimados ó inferiores al hombre. El sentimiento de la naturaleza es en su alma todo lo profundo que puede ser en un alma católica y española; porque la idiosincrasia de nuestra raza pone la propia individualidad por cima de todo, y jamás hubo teósofo español que la disolviese en la inmensidad del Universo, ni místico, y eso que los hemos tenido maravillosos, que la sepultase en el abismo interior del centro del espíritu... Con el Tequendama ocurre lo mismo que con el Niágara. Cualquiera descripción en prosa, la de Humboldt, la del matemático Caldas, la del varón de Japurá, dan más cumplida idea que los mejores versos. La masa de agua que se precipita es muy inferior, pero cae de un lugar cerca de cuatro veces más alto. El agua además choca primero contra un banco de piedra, y allí revienta; hierve y se lanza de nuevo un plumas divergentes hacia el abismo. En el fondo es más terrible el choque y no puede mirarse sin horror. Las plumas de agua, las puntas de lanzas, que tal parecen, se despeñan con increíble rapidez y se suceden unas á otras. Al llegar al fondo, cuando no antes, en virtud de su vertiginoso descenso, se desmenuza el agua y se pulveriza, y asciende luego en forma de nubes, que el sol dora y adorna con el iris. Se diría que el Bogotá, acostumbrado á correr por las regiones elevadas de los Andes, baja á pesar

suyo á aquella profundidad y quiere otra vez elevarse orgulloso en difusos vapores. Estos vapores, asegura Humboldt que se ven desde la ciudad de Bogotá, á cinco leguas de distancia. Después de esto, ¿qué podrá añadir la poetisa; qué ponderación realzará en sus versos la pintura de la catarata? La impresión propia, el vuelo de su espíritu, su humano pensamiento y su elevada fantasía, que entrevé á Dios en el horrendo arco que forma el agua... El desaliento que se apodera del espíritu en presencia de tan grande escena, hace concebir mejor su magnificencia que la descripción más atinada y exacta. Manzoni, cantando á Napoleón, que al fin era un hombre como él, y por la elevación del pensamiento mucho menor que él, puede decir, sin que nos ofenda la jactancia, que va á entonar un cántico que *forse non morrà*. Simónides, reviviendo en los versos de Leopardi, puede pedir para sus versos la misma inmortalidad que da la gloria á los trescientos héroes que los versos celebran; pero ante el espectáculo solemne de aquella fuerza ciega, fatal y sin término, el ánimo se apoca. Es además una mujer la que canta, y yo veo algo de amable y de muy delicado en la timidez y desconfianza con que la poetisa predice, engañada por su modestia, que su canto va á morir; que

Así como se pierden á lo lejos,
Blancos al alba y al morir bermejos,
En névea blonda de la errante nube,
Ó en chal de la colina,
Los primorosos palpables velos
De tu sutil neblina,
Va en tus ondas mi cántico arrollado
Bajo tu insigne mole confundido,
É, inermes ante el hado,
Canto y cantor sepultará el olvido.

No es de recelar que tal suceda, porque los versos son hermosos y muestran el arte de la poetisa, su viva imaginación y el buen gusto para la dicción poética. » Doña Agripina Montes del Valle nació en Salamina, Departamento de Antioquia.



AL TEQUENDAMA

Á MI NOBILÍSIMO AMIGO EL DOCTOR CARMELO ARANGO

Tequendama grandioso :
Deslumbrada ante el séquito asombroso
De tu prisma riquísimo atavío,
La atropellada fuga persiguiendo
De tu flotante mole en el vacío,
El alma presa de febril mareo
En tus orillas trémula paseo.
Raudas apocalípticas visiones
De un antiguo soñar al estro vuelven,
Resurgen del olvido sus embriones
Y en tus iris sus formas desenvuelven.
¡ Y quién no soñará, de tu caída
Al formidable estruendo,
Que mira á Dios crear omnipotente,
Entrevisto al fulgor de tu arco horrendo... !

¡ Á morir !... Al abismo te provoca
Algo á la mente del mortal extraño;
Y del estribo de la ingente roca
Tajada en babilónico peldaño,
Sobrecogido de infernal locura,
Perseguido dragón de la llanura,
Cabalgas iracundo
Con tu rugido estremeciendo el mundo.

¿ Qué buscas en lo ignoto ?
 ¿ Cómo, á dónde, por quién vas empujado?...
 Envuelto en los profundos torbellinos
 De la hervidora tromba de tu espuma
 É irisado en fantástico espejismo,
 Con frenesí de ciego terremoto
 Entre tu aérea clámide de bruma
 Te lanzas despeñado,
 Gigante volador, sobre el abismo.
 Se irgue á tu paso murallón inmoble
 Cual vigilante esfinge del Leteo,
 Mas de tu ritmo bárbaro al redoble
 Vacila con medroso bamboleo.
 Y en tanto al pie del pavoroso salto
 Que desgarras sus senos al basalto,
 Con tórrida opulencia
 En el sonriente y pintoresco valle
 Abren las palmas florecida calle.
 Por verte allí pasar, la platanera
 Sus abanicos de esmeralda agita,
 La onduladora elástica palmera
 Riega su gargantilla de corales,
 Y al rumor del titán cosmopolita,
 Con sus galas y aromas estivales
 La indiana piña de la ardiente vega,
 Adorada del sol, de ámbar y de oro
 Sus amarillos búcaros despliega.
 Sus ánforas de jugo nectarino
 Te ofrece hospitalaria
 La guanábana en traje campesino,
 Á la par que su rica vainillera
 El tamarindo tropical desgrana,

Y la silvestre higuera
 Reviste al alba su lujosa grana.
 Bate del aura al caprichoso giro
 Sus granadillas de oro mejicano
 Con su plumaje de ópalo y zafiro,
 La pasionaria en el palmar del llano ;
 Y el cámbulo deshoja reverente
 Sus cálices de fuego en tu corriente....

Miro á lo alto. En la sien de la montaña
 Su penacho imperial gozosa baña
 La noble águila fiera,
 Y espejándose en tu arco de topacio
 Que adereza la luz de cien colores,
 Se eleva majestuosa en el espacio
 Llevándose un jirón de tus vapores.
 Y las mil ignoradas resonancias
 Del antro y la floresta
 Y místicas estancias
 Do urden alados silfos blanda orquesta,
 Como final tributo de reposo
 ¡ Oh émulo del Destino !
 Ofrece á tu suicidio de coloso
 La tierra engalanada en tu camino.
 Mas ¡ ah ! que tu hermosura,
 Desquiciada sublime catarata,
 El insondable abismo desbarata,
 La inmensidad se lleva,
 Sin que mi osado espíritu se atreva
 Á perseguirte en la fragosa hondura.
 Átomo por tus ondas arrastrado,
 Por retocar mis desteñidos sueños

Y reponer mi espíritu cansado
 En tu excelsa visión de poesía,
 He venido en penosa romería ;
 No á investigar la huella de los años
 De tu drama en la página perdida,
 Hoy que la fe de la ilusión ya es ida,
 Y abatido y helado el pensamiento,
 Con el adiós postrer de la esperanza,
 En tu horrible vorágine se lanza
 Desplomado al más hondo desaliento.
 En vano ya tras el cristal enfriado
 De la vieja retina,
 El arpa moribunda se alucina,
 Y en el triste derrumbe del pasado
 Cual soñador minero,
 Se vuelve hacia el filón abandonado
 De nuevo á rebuscar algún venero.

¡ Adiós ! ¡ adiós ! Ya á reflejar no alcanza
 Del alma la centella fugitiva,
 Ni tu ideal fastuosa perspectiva,
 Ni el prodigioso ritmo de tu danza :
 Y así como se pierden á lo lejos,
 Blancos al alba y al morir bermejos,
 En nívea blonda de la errante nube,
 Ó en chal de la colina,
 Los primorosos impalpables velos
 De tu sutil neblina,
 Va en tus ondas mi cántico arrollado
 Bajo tu insigne mole confundido,
 É, inermes ante el hado,
 Canto y cantor sepultará el olvido.

JOAQUÍN PABLO POSADA

Joaquín Pablo Posada, « en cuyas manos era la lengua blanda cera », es, en opinión del señor Menéndez y Pelayo, « digno del mayor encarecimiento, no por la pobre materia poética de sus composiciones, sino por sus admirables dotes de versificador, en que pocos ó ninguno de su tierra le ha igualado. » Las poesías suyas que en seguida publicamos, son ejemplo inimitable de una musa pedigüena. Posada nació en Cartagena el 17 de Agosto de 1825, y murió en Barranquilla, Departamento de Bolívar, el 4 de Abril de 1880.

Á PABLO

Desde el lecho, caro Pablo,
 Te dirijo estos renglones
 Que, apostara cien doblones,
 Van á hacerte dar al diablo.

Mas, francamente te hablo,
 Prefiero ser importuno
 Á pasar en el ayuno
 Toda la mortal semana
 Que ha de comenzar mañana,
 Mañana viernes, por Juno.